



Introducción

Algunos especialistas en el tema de las relaciones exteriores consideran que México no tuvo una verdadera política exterior sino hasta la época contemporánea, cuando su presencia en el mundo y su acción en los foros internacionales ha sido más intensa.

Tal visión, parte de un concepto muy restringido de la política exterior, desconociendo la obra creadora de los mexicanos del siglo pasado, forjadores del Estado nacional. Pero si entendemos a la política exterior en su sentido más amplio, como la actitud y actividad que desarrolla un país frente al exterior, todos los Estados tienen necesariamente que asumir una posición en el contexto internacional.

Por tanto, a pesar de que México vivió un largo y difícil proceso para consolidar su Estado nacional, en el que se pasaron diversas etapas y se experimentaron diferentes formas de Gobierno, en cada una de ellas existió siempre una actitud explícita frente al mundo exterior.

Para que exista una línea definida de política exterior, es requisito *sine qua non* que haya Estado (y, por ende, instituciones políticas y jurídicas); que haya sociedad civil, que haya conciencia individual y colectiva. Fragar todo esto les llevó centurias enteras a los países considerados “paradigma”; a nosotros apenas décadas, que fueron de lucha y de conformación de la identidad nacional.

En las páginas que siguen, trataremos de hacer una presentación sumaria de la política de México en materia internacional en los años que median entre 1848 y 1876.

Como necesariamente la política exterior está condicionada por su política interna, no podríamos comprenderla desvinculada de la otra, sin correr el riesgo de tener una visión fragmentaria de las relaciones de México. Por ello hemos hecho una revisión conjunta de la política interna y externa de estos años, a efecto de lograr su comprensión integral.

Por lo anterior, el lector encontrará en cada capítulo, dentro del marco de la política interna de México, a los responsables de la gestión diplomática y los efectos y consecuencias de sus acciones en el exterior, así como la imposición de la política exterior de otros países en la escena interna mexicana.

Al inicio de la vida independiente, la política exterior de México estuvo condicionada por la necesidad de obtener el reconocimiento de su independencia. Tuvo que convertirse en una política defensiva que luchaba por salvar al país de los convenios ruinosos que querían imponerle las grandes potencias a cambio de otorgarle su reconocimiento. Después, los hombres que conducían las relaciones diplomáticas tuvieron que enfrentar las agresiones armadas que diversos gobiernos extranjeros perpetraron en nuestro país bajo distintos pretextos, con el fin de conquistar territorio o de dominar sus instituciones para imponer un Gobierno acorde a sus intereses.

Después de la intervención más larga que el país ha sufrido, se dio un cambio significativo en materia de política exterior: se tomó la decisión de no firmar convenio alguno que no conviniera a México, aun cuando se pasara por un periodo de aislamiento. En especial, no se buscarían relaciones con los países que acababan de agredir la soberanía nacional, bajo la divisa de que entre debilidad y fortaleza, más vale un desierto de por medio. Una vez consolidado el Estado nacional, paulatinamente se fueron restableciendo sus vínculos internacionales en un clima de respeto a la dignidad de la Nación mexicana.

Estudiaremos pues, en este volumen, uno de los periodos con más vicisitudes de nuestro desarrollo histórico. Con diversas actitudes, desde la más duramente condenatoria hasta la más vehementemente laudatoria, todos los que hayan estudiado historia mexicana tienen una posición frente a los cruciales acontecimientos que se produjeron entre la quinta y séptima décadas del siglo XIX.

Todo esfuerzo de objetividad es importante, pero la historia acaba por ser valorativa. Y esto porque no es posible evitar el rechazo o la identificación con los personajes y con las definiciones de una época que, desde todas las perspectivas, es crucial para México. Lo que en todo caso se debe

y puede evitar es la parcialidad. La historia concierne a los hombres, la mitología a los dioses. Al hacer historia se investigan hechos, no se erigen mitos.

Uno puede tener sus héroes, y ver sus lunares sin vergüenza, y puede uno también tener sus antihéroes y observar en ellos sus bondades sin empacho. Se requeriría un intenso esfuerzo para encontrar seres absolutamente buenos y seres absolutamente malos; esto, en todo caso, no toca a la historiografía, sino a la hagiografía.

Ni fueron fáciles aquellos tiempos ni lo son los actuales; hay también puntos de referencia en el tiempo y en el espacio; pero sí hay una diferencia grande: en aquel tiempo se partía de cero. En otras palabras, hoy nos inspira la seguridad del pasado, mientras que ayer sólo los movía la esperanza del futuro. Aquéllos fueron constructores, nosotros somos continuadores.

Estos años constituyen el eje de la historia de México en el siglo de su formación; no es de extrañar que su política exterior oscilara entre la claudicación y el heroísmo.

Es menester un gran esfuerzo para no irrumpir en el pasado como asesores de los muertos, como redentores de los tiempos. Lo que pasó, pasó. Y así hay que verlo y entenderlo.

La mayoría de los hombres que, como líderes, participaron en los años aquí repasados, nacieron antes que México. Fueron, pues, hijos póstumos de la colonia. No fueron educados como clase política. Mas bien fueron autodidactas que para poder ser actores, primero tuvieron que construir el escenario.

Veamos los resultados.